

chos, hay una distancia inmensa, pues, como ha dicho el sabio canciller Dr. Aguiseau, «Dios ha puesto lo necesario del pobre en manos del rico, más no para su malversión; del pobre son, y no pueden retenerse sin herir á la ley de la Providencia». Véase, pues, cuan buen uso pueden hacer los ricos de esos bienes, enjugando las lágrimas de la escasez y de la miseria.

El hombre vano y presuntuoso reserva sus tesoros al fausto, á la molicie y á los placeres. El los reparte á manos llenas entre los aduladores, los corredores de sus vicios, las rameras y los pícaros de toda especie; no conoce el placer de la beneficencia y nunca tiene con que atender ni socorrer á los virtuosos y desgraciados; los dispendios necesarios para su lujo no le dejan medios algunos de hacer bien.

La vanidad endurece el alma y cierra el corazón á la benevolencia y á la compasión. En fin, así como de pequeñas causas multiplicadas resultan los más grandes efectos, de la vanidad pueril del lujo domina siempre la ruina de los mayores estados. La vanidad nacional es siempre efecto de un gobierno injusto y vano; descontento cada uno con su suerte, solo trata y se afana por salir de su esfera.

Pero si los opulentos pueden lícitamente gastar sus rentas haciendo bien al desgraciado y satisfaciendo todos los caprichos lícitos que se les antojen para que viva y prospere el comercio, todo el mundo no tiene derecho para disfrazarse de rico, por satisfacer la ley social que se ha llegado á imponer como condición forzosa.

¿Se quiere saber cuál es la causa de tantos y tan repugnantes opostasías políticas de tantos y tan inícuos cambios de conducta? Analícense y se encontrará el motivo ocasional en el lujo; la relajación de cos-